



EVA FELLNER

**LA
HIGHLANDERESS**

EL VIAJE DE ENJA

Para obtener material adicional,
por favor visita

www.highlanderess.com/el-clan



y sigue las instrucciones.

*Atrapada en tierras de guerra y traición,
donde el amor arde entre sangre y pasión,
Enja se alza con el destino en su puño—
el deber llama, y ella asume el mando.*

*¿Cederá al fuego de la tentación,
o guiará a su clan hacia eterna apreciación?
En lucha feroz, su espada reluce,
y su nombre en leyendas, firme, se esculpe.*

*Reina guerrera, indómita en pie,
que osó alzarse, sin temer el porqué.
Rompió cadenas, tomó lo que es suyo,
y donde manda el destino, plantó su orgullo.*

*Mas el amor susurra, suave, cercano—
¿hallará paz en su fuego humano?
¿O forjará poder en senda solitaria,
reinando sola su hora legendaria?*

*Sé testigo de su gesta inmortal,
de su furia, su fuerza y valor sin igual.
Pues en su pecho reinaba encendida,
el alma de una reina... jamás rendida.*

Mi querido lector:

Desde el escritorio de Eva Fellner

Bienvenido a este viaje! En todo lo que he escrito a lo largo de los cinco volúmenes de *La Highlanderess*, creo en el extraordinario poder de la libertad y el liderazgo inspirados en valores superiores.

Tienes en tus manos el primero de los cinco volúmenes de la historia de una heroína que se atreve a emanciparse, ambientada en el duro contexto de la Escocia del siglo XIV —una de las épocas más desafiantes para las mujeres—.

Impulsada por el deseo de forjar nuevos, aunque difíciles caminos, nuestra heroína encarna el espíritu de la aventura, adentrándose audazmente en lo desconocido con coraje y determinación. Enja es un personaje audaz, al estilo de James Bond, que empuña su katana y lleva con orgullo un tatuaje, que originalmente le fue marcado como esclava, pero que ahora simboliza su fuerza y resiliencia.

A medida que se desarrolla su viaje, la travesía misma se convierte en un poderoso reflejo de la guerrera moderna, una luchadora feroz e inquebrantable, tanto en su mundo como en el nuestro.

Estos valores a menudo trascienden lo que encontramos en el mundo empresarial y en los contextos culturales

actuales. El propósito y la misión de los cinco volúmenes de *La Highlanderess* son destacar y celebrar estas cualidades, mostrando cómo Enja —y las mujeres en general— pueden convertirse en individuos excepcionales, con fortaleza, sabiduría y un profundo sentido de propósito.

En este primer volumen, a través del viaje de Enja y los demás personajes, pretendo retratar una narrativa en la que el liderazgo está profundamente arraigado en los valores familiares.

Descubrirás que algunas familias no necesitan compartir la misma sangre para permanecer unidas, libertad, visión, persistencia e incluso curación natural. Al entrelazar estos elementos en esta novela histórica, espero inspirarte a reconocer el potencial que hay en ti mismo y en las personas que te rodean. Desde el primer momento, debes entender que esta serie histórica no se limita solo a contar una poderosa historia ambientada en la Escocia medieval, sino que trata de fomentar un cambio en la perspectiva actual hacia un liderazgo más significativo, compasivo y empoderador, tanto para las mujeres como para los hombres.

La Highlanderess es una serie literaria de cinco volúmenes que sigue a Enja y su clan. Los cinco libros —El viaje de Enja, La búsqueda, El clan, La lucha de Enja y El legado— dan vida a un mundo donde una mujer excepcionalmente fuerte lidera con fortaleza y gracia.

Todas las historias están llenas de poderosos temas de conexión, valentía y extraordinarios conocimientos de

sanación que sería estupendo que muchos tuvieran hoy en día. Al sumergirte en esta narración histórica, estás invitado a explorar nuevas formas de pensar sobre la innovación y la construcción de comunidades.

Al final de este volumen, encontrarás una nota especial para ti que podría inspirarte a realizar un cambio en tu vida y en la de los demás. Llegarás a ella en el momento perfecto para ti. Por ahora, te prepararemos para ello con *El viaje de Enja*, que espero te inspire a abrazar los valores que ella representa.

¡Ahora, disfruta de este libro!

Eva Fellner

Capítulo 1

Escocia, mayo de 1307

Qué demonios me ha pasado últimamente para encontrarme con semejante desastre? No pude quitarme ese pensamiento de la cabeza en todo el día; no dejaba de resonar en mi mente. El pesado vestido se pegaba a mi cuerpo, empapado de sudor. El pecho y la cintura estaban atados con fuerza, solo con el espacio suficiente para respirar superficialmente. El sastre había hecho un buen trabajo. El cuello apretado amenazaba con asfixiarme y el corpiño de brocado me rozaba incómodamente las costillas. «Es culpa tuya», pensé, «seguro que quieres volver a demostrar tu valía a todo el mundo, Enja».

Las damas de honor habían colocado la guirnalda nupcial sobre la tela de seda blanca como un signo de mi castidad. Bajo el velo que cubría mi rostro de manera protectora, hice una mueca ante la idea de mi propia locura. Recorrí las filas de los espectadores mientras caminaba lentamente por el pasillo. Nadie sospechaba nada bajo el velo, salvo la cara de una típica novia escocesa. Más precisamente, esperaban la cara de Elisabeth Armstrong, la hermosa hija del poderoso laird (terrateniente) del clan, Alexander Malcolm Armstrong. En estatura y color de cabello, Elisabeth y yo apenas nos

diferenciábamos, pero en otros aspectos, probablemente éramos tan diferentes como el día y la noche.

La Catedral de Durham estaba abarrotada. Las familias inglesas me miraban con una mezcla de aburrimiento y disgusto. Si tan solo supieran... Con pasos dolorosamente lentos, me dirigí al altar del brazo del viejo laird (terrateniente). «Despacito», me había martillado la anciana dama de compañía de la princesa escocesa. «Despacito». Así, con mis botas, puse un pie delante del otro, siempre cuidando de no tropezar con el dobladillo del vestido que me habían obligado a ponerme y era demasiado largo. ¡Me sentía ridícula con ese atuendo y temía que nadie se dejara convencer por este engaño!

La doncella había intentado asegurarme que en este vestido, incluso podría engañar al viejo laird (terrateniente). El laird (terrateniente) Armstrong había puesto resueltamente el plaid (manta en español) con los colores del clan Armstrong a mi alrededor y lo había sujetado con el broche de plata de su esposa. Ninguno de los invitados ingleses en la iglesia había visto a su hija antes, y todos los Armstrong eran plenamente conscientes de lo que estaba a punto de suceder.

El sastre se había asegurado de que mis brazos, manos y cuello estuvieran cuidadosamente cubiertos con tela hasta la barbilla, como corresponde a una novia casta. De ese modo, también cubrió hábilmente mi piel clara y mis músculos fuertes. Debajo llevaba pantalones negros para poder deshacerme del vestido de novia si era necesario. La

estrechez y el calor del atuendo me hacían sentir como una bestia atada.

El laird (terrateniente) a mi lado sostenía mi mano, y con una expresión seria, asintió afirmativamente. Había sido su idea acompañarme al altar en lugar de a su hija para no tener que casarla con el barón inglés Henry de Keighley. Por esto, arriesgaba la enemistad del rey inglés, sin mencionar su vida. Y yo era ofrecida como la persona más adecuada para tal atrevido engaño, ya que, para mí, era una cuestión de venganza personal contra el rey Edward, así como un signo de resistencia. En la batalla contra los despreciados ingleses, todos los medios eran justos y apropiados. Me di cuenta de que el plan para asesinar al barón en su propia boda era osado, pero posible.

En estos días, Edward I, rey de Inglaterra, debilitado por la enfermedad, casaba astutamente a las mujeres de la nobleza escocesa con los barones y señores ingleses para asegurar la consanguinidad de los clanes difíciles de controlar. Por el contrario, se requería que los aristócratas escoceses se casaran con damas inglesas. Si las familias aristocráticas se negaban, eran amenazadas con la muerte por alta traición.

Algunos de los antiguos clanes escoceses se sorprendieron desagradablemente por la política matrimonial del rey inglés. Un día, el clan escocés de los Armstrong, endurecido por la batalla, liderado por el orgulloso jefe Alexander Armstrong, cuyo asiento se encontraba entre Cumberland y la frontera escocesa, se indignó al escuchar la noticia de que el jefe

Alexander ahora debía dar a su única hija en matrimonio al barón Henry de Keighley de Lancashire para apoyar los planes de paz de Edward. Las protestas del jefe cayeron en oídos sordos.

La hermosa hija de Alexander, Elisabeth, iba a ser una pieza en el horrible juego que Edward jugaba con sus señores feudales. El rey inglés, profundamente endeudado por su fracaso en Flandes y en la guerra de Escocia, intentaba brutalmente subyugar Escocia; cuya rebelión consideraba una revolución en su propio país. Las crueles ejecuciones de los altos traidores pretendían disuadir y cortar la resistencia de raíz. Pero solo continuaron avivando la ira de las casas nobles escocesas.

Con confianza, apreté la mano callosa del anciano caballero que estaba a mi lado. También debía estar muy nervioso; podía oír claramente su respiración entrecortada. Ya habíamos completado la marcha sobre el suelo de piedra hasta el altar de la Catedral de Durham. Henry de Keighley ya estaba allí, mirándonos expectante. No era un hombre de mal aspecto, me di cuenta por un momento, pero, por desgracia, era inglés.

La política requería sacrificios; ese había sido el lema de mi Gran Maestro, el líder asesino Hassan I-Shabbah. No pude reprimir una sonrisa. Con mi mano libre, busqué la daga, que estaba cuidadosamente escondida en un pliegue del vestido. Qué bueno era sentir el frío acero del arma bajo mis dedos. Inmediatamente, mi corazón dejó de latir tan

rápido y mi respiración se calmó un poco. Qué burla del destino que nadie examinara a la novia en busca de armas. Todos los hombres aquí debían entregar sus armas frente a la Santa Iglesia.

Sería un juego fácil para mí. El novio no tenía idea. Antes de que siquiera me reconociera, ya estaría muerto. Una extraña premonición se apoderó de mí, como siempre ocurría cuando mis sentidos se concentraban en un asesinato inminente.

El joven Barón de Keighley era un poco más alto que yo, delgado y atlético. Con gesto cortesano, inclinó su cabeza al acercarme a él. Tomó mi mano del brazo del laird y la besó. Con cuidado, me ayudó a acomodar mi vestido para que pudiera arrodillarme en el banco que me habían proporcionado. Había practicado esto cientos de veces en los últimos días para hacerlo ver lo más elegante posible.

No presté atención alguna a la ceremonia en sí. Mis miradas se deslizaban una y otra vez hacia los bancos de madera del coro, luego hacia el altar con los pilares de piedra a cada lado. Las monótonas frases del obispo Anthony Brek me interesaban tanto como las respuestas que mi prometido repetía diligentemente. Su voz no coincidía con su aspecto; era demasiado aguda. Sin pensar realmente, también repetí las frases previamente pronunciadas. Los segundos pasaban, y yo esperaba impaciente el momento en que Enrique levantara mi velo para besarme.

Ese era el momento en que estaría distraído y vulnerable. Ahí sería cuando atacaría. Tomé respiración profunda. De

nuevo, la voz del obispo resonó. Luego las voces de las muchas personas detrás de mí, que respondieron a su oración. Ahora era el momento.

«¡Puedes besar a la novia!». Las palabras del obispo fueron la señal. Me giré hacia el hombre a mi lado. Levantó ambas manos para descubrir mi velo. Con cuidado, lo alzó sobre mi rostro.

Estupefacción. Eso fue lo primero que vi en sus ojos mientras viajaban de mi boca a mi frente, hasta llegar a la pequeña cruz tatuada encima. Su expresión era de sorpresa. Solo cuando se transformó en una mueca supe que mi daga no había fallado en su objetivo. Era la fea máscara de la muerte la que ahora cubría su rostro. Lo apuñalé justo por encima de la quinta costilla, cerca de su peto, directamente en el corazón. Murió al instante. De repente, el infierno se desató en la Catedral de Durham.



En los días siguientes, el autoproclamado Rey de Escocia, Robert de Bruce, parecía más débil que nunca. Durante meses, había estado escondido en las Hébridas, en el lejano norte de Escocia, para evitar a sus perseguidores, las tropas inglesas. Edward I una vez más reunió a sus tropas para

asestar un golpe final a la resistencia escocesa, que una y otra vez resurgía como un foco inflamatorio en las tierras en disputa.

La gente de las tierras fronterizas entre los dos reinos rivales tenía poco descanso. Su región se convirtió en el destino de caballeros bandidos tanto escoceses como ingleses, quienes se aprovechaban de su posición insegura en tierra de nadie, como lobos en un rebaño de ovejas. La unidad de los clanes escoceses fue puesta a prueba cuando las familias se unieron para protegerse contra los avances despóticos de los forajidos de ambos países. En cualquier caso, las familias nobles de Escocia estaban, en su mayoría, impotentes y bajo la fuerte influencia y autoridad de un despiadado Edward, cuyas bodas forzadas entre los pueblos de ambas naciones causaban gran sufrimiento.

En un intento desesperado por salvar a su hija de uno de estos matrimonios, el jefe del clan, Alexander Malcolm Armstrong, acudió a Enja, una asesina del Oriente, quien resistía firmemente toda agresión inglesa y quien asesinaría al novio inglés. Con sus técnicas de combate atrevidas y poco comunes, había casi alcanzado la categoría de leyenda viviente en las Tierras Altas de Escocia. Los bardos del país ahora la mencionaban en el mismo aliento que las hazañas de William Wallace o James Douglas.

Lady Enja de Caerlaverock nunca pudo haber imaginado cómo esa fatídica boda en la Catedral de Durham cambiaría

el curso de su vida. En aquel inolvidable día, 7 de mayo de 1307, sin saberlo, escribió un nuevo capítulo en la vibrante saga de las hazañas de los bardos escoceses.



Berwick, unos días después

La posada en la tranquila ciudad de Berwick estaba llena de actividad esa noche. Como uno de los pocos establecimientos que ofrecía habitaciones para huéspedes, era un lugar de reunión favorito para comerciantes y viajeros por igual. Esa noche, la sala estaba llena de invitados de todos los rincones del reino.

Berwick-upon-Tweed, situada en las tierras fronterizas en disputa, había sido durante mucho tiempo un punto álgido en las amargas luchas entre escoceses e ingleses. Apenas unos años antes, en agosto de 1305, el alcalde de la ciudad había mostrado en la plaza del mercado el brazo cercenado de William Wallace, quien había sido brutalmente descuartizado, un acto sombrío que avivó el resentimiento entre los lugareños. Políticamente, la ciudad oscilaba entre el control inglés y escocés, como algas atrapadas en una marea cambiante.

El bardo escocés Alistair MacMhuirich, famoso en las Tierras Altas, estaba cómodamente sentado en una esquina

del espacioso comedor. Rodeado de murmurantes chismes, había comido el plato del día, un estofado con verduras, harina de cebada y tocino de jabalí. Con gusto sacudió los restos de comida de su barba grisácea y soltó un eructo que resonó por el aire. A gusto en el calor, se había quitado su gorro de fieltro con el tartán, lo colocó a su lado en el banco de madera desnudo, y pidió a la robusta camarera un segundo vaso de Uisge beatha, el whisky escocés. A pesar de su corpulencia, la mujer se movía ágilmente hacia la barra para buscar la jarra.

De hecho, el bardo había logrado captar la atención de los visitantes al anunciar informes escandalosos provenientes de la vecina Durham. En poco tiempo, el posadero y los invitados de todo tipo habían convidado al educado narrador a un plato de estofado y licor escocés para ponerse al día con las últimas noticias. El frío de la noche apenas lograba contrarrestar el calor de la multitud y el fuego que ardía en la chimenea. Incluso los perros de pelea finalmente callaron sus hocicos para escuchar las palabras del bardo.

Alistair miró a los comerciantes y viajeros que ahora pendían de cada palabra que cruzaba sus labios. Se limpió la boca con el dorso de la mano. Pero hizo falta otro sorbo de la bebida de alta graduación para soltar la lengua del bardo.

«Damas y caballeros de gran valía», dijo, comenzando el ritual que había emergido como una establecida forma de entretenimiento nocturno en las Tierras Altas durante siglos. Incluso los grandes líderes de todos los clanes escuchaban a este hombre cuando tenía algo que decir.

Un murmullo recorrió la multitud, y finalmente los últimos invitados en la sala guardaron silencio. Curiosos, se inclinaron hacia la persona en la mesa, quien era asediada tanto por ingleses como por escoceses, las camareras y los cocineros.

«Hace unos días, el sexto domingo después de Pascua, la joven lady Elisabeth Armstrong, la única hija de Alexander y Catherine Armstrong, y el barón Henry de Keighley, Caballero del Condado de Lancashire, estaban destinados a casarse».

Esta noticia había sido proclamada unas semanas antes, por lo que Alistair solo repetía lo que muchos ya sabían. Carraspeó, y con una voz ronca, dejó que sus palabras se asentaran.

«Fui invitado a la celebración como bardo de la familia Armstrong y se espera que informe sobre la boda».

«¿Era la novia tan hermosa como dicen?», interrumpió tímidamente una joven camarera, para ser inmediatamente reprendida por un gruñido del robusto cocinero. No se interrumpe a un bardo.

Pero el cosmopolita hombre de barba plateada, que ya había pasado más de cuarenta veranos, sonrió indulgente y dijo: «Es tan radiantemente hermosa como la luz del Sol cuando se refleja en el mar al atardecer».

Un profundo suspiro escapó de las mujeres que se habían reunido a su alrededor en gran número.

«Lamentablemente, no se presentó», continuó Alistair con sequedad, deleitándose en las caras perplejas de su audiencia. Una risa como la de un macho cabrío brotó de su boca. Su barba tembló con el ritmo y sus hombros se sacudieron. De nuevo, se permitió un trago de la jarra, y avivó una tensión expectante.

«Resultó que», explicó finalmente, «la verdadera lady Elisabeth había sido reemplazada por otra persona que caminó por la iglesia hacia su novio para casarse con él ante Dios y la Iglesia».

«¿En su lugar!?», exclamaron horrorizados los presentes. «¿Entonces no fue lady Elisabeth quien apuñaló al barón?».

Esta vez, ni siquiera el cocinero podía mantenerse quieto en su lugar. Alistair tuvo que tomar aire para evitar quedar completamente afónico y disfrutar un rato más del dramatismo de la situación.

«¡Pero no!», confirmó el bardo. «En el camino hacia la boda, la carroza fue detenida, y la rebelde Enja von Caerlaverock intercambió lugares con la novia, quien fue devuelta ilesa. Lady Enja, que ha enseñado a los ingleses lo que es el temor en muchas batallas, había accedido a caminar hacia el altar en lugar de Elisabeth, para luego apuñalar al novio en el acto y desairar al rey».

Esto desató una discusión en las filas traseras, donde se alzaron algunas voces que el bardo reconoció como inglesas.

Alistair habló en gaélico escocés, que todos los habitantes de la frontera hablaban o al menos podían entender.

«¿Cómo sabes con certeza que fue lady Enja?», intervino una voz claramente inglesa, de manera provocadora.

«¿Cómo pudo esa mujer acercarse tanto al novio? Seguramente debió haberse dado cuenta de que no era su novia», preguntó otro con un fuerte acento galés.

Alistair levantó el cáliz con el líquido ambarino hacia sus labios nuevamente y tomó un sorbo con deleite. Al bajar la copa, eructó sonoramente, mostrando su aprecio por el anfitrión. Ante la sugerencia del tabernero, una doncella le trajo rápidamente una pequeña tabla de madera con trozos de queso, que el cocinero había preparado con la leche de sus cabras. Agradecido, Alistair tomó un trozo con dedos ágiles.

«Bueno», dijo el bardo con la boca llena, «se dice que ni siquiera el padre de la novia sabía que no era su hija quien estaba bajo el velo nupcial. Entonces, ¿cómo iba a darse cuenta el novio, que nunca la había visto antes?». Ni un solo músculo se movió en su rostro mientras lanzaba esta mentira al aire rancio de la taberna.

«Como es costumbre en las casas nobles», explicó brevemente, «el rey determina los matrimonios en papel. Normalmente, los esposos solo se ven el día de la boda. De hecho, la novia llevaba un velo que ocultaba su rostro. De lo contrario, la cruz negra en el centro de su frente, que lady Enja ha llevado desde su infancia, habría sido notada».

«¿Una cruz? ¿En el centro de la frente? ¡Qué cruelmente desfigurada debe estar esta mujer!». El comentario simpático vino de una de las mujeres presentes.

«Puedo asegurarles, queridos amigos, que esta hermosa mujer lleva esta marca con tanto orgullo que simplemente prohíbe esa suposición... De cualquier manera, el novio no tuvo oportunidad, porque en el momento en que levantó el velo frente al altar para besarla, su daga lo alcanzó directo en el corazón».

«¡Ooohh!», exclamaron las mujeres de la sala. «¡Eso es inaudito!», dijo una de ellas. «¡Ninguna dama es tan astuta!», dijo otra.

Con la destreza de un narrador, el bardo dejó que el estallido de indignación femenina surtiera su efecto sin comentar. Mientras tanto, tomó otro sorbo del Uisge beatha, que el anfitrión había destilado personalmente.

«¿Era apuesto ese caballero Henry?», gritó la joven doncella, quien previamente había preguntado sobre la apariencia de la mujer, y recibió un codazo de reprensión del cocinero.

La pregunta provocó que el narrador levantara una ceja. Asintió suavemente, levantó los ojos pensativos hacia el techo y, con una sonrisa traviesa bajo su barba, explicó: «El Barón de Keighley era alto y delgado. Su rostro finamente esculpido era muy pálido, y una barba negra adornaba su

mentón. Ciertamente, no habría sido un mal esposo para Elisabeth Armstrong», reflexionó, «si no hubiera sido inglés».

Esto provocó una gran carcajada en el público, a lo que los ingleses solo respondieron con exclamaciones despectivas. La atmósfera en la sala estaba cargada con la tensión que prevalece en lugares donde hombres de diferentes orígenes se reúnen.

«¡Espero que hayan matado al asesino en el acto!», gritó alguien en inglés, y fue maldecido salvajemente por los escoceses.

Alistair sabía cómo mantener a la audiencia bajo su hechizo, levantando las manos en un gesto calmante y pidiendo silencio. Un joven sirviente puso rápidamente un poco de leña en la gran chimenea. Tampoco quería perderse nada de la historia. Volvió a sentarse justo a tiempo para escuchar las siguientes palabras del bardo.

«La valiente guerrera que se había enfundado en el vestido nupcial con los colores verde y azul de los Armstrongs, ahora estaba expuesta ante los guardias ingleses sin protección. Como podrán imaginar, la Catedral de Durham estaba abarrotada. La familia escocesa de la novia y su clan habían sido relegados al fondo de la iglesia, mientras que la nobleza inglesa ocupaba las primeras filas. Mujeres, niños, caballeros y nobles miraban impotentes cómo el joven Henry de Keighley era apuñalado hasta la muerte por una asesina ante sus propios ojos».

En realidad, Alistair no solo repetía la impactante escena, sino que logró despertar nuevamente el horror en la audiencia. Se inclinó hacia adelante y golpeó la mesa con el puño, lo que hizo que todos contuvieran el aliento, conmocionados. «¡Pero aparte de la asesina», dijo con tono amenazante, «no había ni una sola persona en la iglesia que tuviera un arma en ese momento!».

Con los ojos bien abiertos y las bocas entreabiertas, la asombrada audiencia miraba a Alistair.

«Ni una sola...», repitió el bardo. Levantó teatralmente su mano derecha y la cerró en un puño.

«Lady Enja era la única con una daga en la mano, y por ello mantuvo al obispo Anthony Brek a raya; ¡estaba tan asustado que casi se mojó las vestiduras!».

Esta vez, las risas vinieron de todas partes; después de todo, no todos los días se veía a un obispo tan claramente ridiculizado.

Alistair MacMhuirich se recostó y estudió a su audiencia. Además de los sirvientes y las doncellas, había algunos comerciantes y caballeros escoceses entre sus oyentes. Seguramente, más tarde le dejarían algunas monedas de plata en su gorra. Dejó que las risas se apagaran pacientemente antes de continuar con el resto de la historia.

«Yo estaba en la parte trasera con la familia de la novia escocesa. De repente, una bala de heno en llamas cayó por la ventana lateral abierta, ¡y luego otra! Pero los fardos estaban

húmedos y humeaban más de lo que ardían. Cubrieron la iglesia con un denso humo. ¡Pueden imaginar el pánico que eso provocó entre las mujeres y los niños!».

Una mirada alrededor de su audiencia confirmó que conocían los peligros de tales incendios. El heno mal secado a menudo se incendiaba en los pajares, sorprendiendo a las personas en medio de la noche. La madera crujía en el hogar, como si estuviera de acuerdo, y algunos leños encendidos se deslizaban ruidosamente. La gente miraba reverentemente al rostro del bardo, quien ahora se inclinaba hacia adelante con complicidad y bajaba la voz.

«Los gritos de la gente alertaron a los guardias, quienes intentaron entrar a la catedral contra la corriente de aquellos que querían escapar. En medio de esta confusión, la asesina logró arrastrar al obispo con ella. A pesar del espeso humo, pude ver claramente a la mujer frente al altar mayor despidiéndose respetuosamente del sacerdote con una ligera reverencia. ¡Ahí supe que era ella, Enja von Caerlaverock!».

Desafiando a cualquiera a contradecirlo, miró a su alrededor.

«Pude mirar directamente a su hermoso rostro, con la cruz pintada entre sus ojos. Me miró con orgullo y levantó su mano, quizá para pedir perdón a la familia Armstrong. Me quedé helado por su gesto. Qué grácilmente se erguía allí...».

«Su mirada se perdió en la distancia, como si la viera frente a él. Sin prisa, luego se deslizó fuera del vestido, bajo el cual llevaba ropa de hombre, y lo colocó cuidadosamente sobre

el altar. Después, guardó la daga en su bota y rápidamente escaló el altar mayor ornamentado».

Señaló con la mano al techo, que estaba apenas a dos varas por encima de él en la taberna. Todos los ojos siguieron su movimiento hacia arriba.

El bardo aprovechó la pausa significativa con un fuerte sorbo de su copa, que la doncella inmediatamente volvió a llenar. Los incontables ojos fascinados ahora estaban fijos en el rostro del hombre que había sido testigo de estos extraordinarios eventos.

«Nunca he visto a una persona, y mucho menos a una mujer, alzarse casi nueve varas tan rápido. Era como si tuviera alas que la levantaran y la hicieran desaparecer para siempre...»

Algunos miembros del público palidecieron. ¿Una asesina alada? Pero el bardo se apresuró a disipar esa imagen, proporcionando rápidamente una explicación.

«Se había encaramado a las ornamentadas columnas de piedra a la izquierda y a la derecha del altar, llegó hasta la ventana, la abrió y se deslizó a través de ella como un gato, bajo los furiosos rugidos de los presentes ingleses. La gente corrió en pánico en todas direcciones». Dicho esto, extendió ambos brazos en un brillante clímax.

«¿Escapó?» gritó una voz horrorizada que, en realidad, pertenecía al gordo cocinero. Una película de sudor se había posado claramente sobre su cabeza calva.

«¿Cómo pudo escapar de allí?».

Otras cabezas asintieron en señal de acuerdo. Todos imaginaban cómo la iglesia debía haber estado rodeada por ingleses, escoceses y una gran multitud de curiosos. Un evento de tal magnitud atraía a personas de todas partes, incluidos comerciantes que vendían sus mercancías.

«Bueno», el bardo cruzó los brazos sobre su pecho y alzó sus gruesas cejas, «al parecer, tenía cómplices fuera de la iglesia que se habían instalado con un carro de heno frente a la ventana del altar. Ella saltó al carro de heno y se escondió en él. El carro entonces abandonó discretamente los terrenos de la iglesia, y los desconcertados asistentes no supieron qué hacer. Ni los escoceses ni los ingleses pudieron seguir su rastro. Parecía haberse desvanecido en el aire, y con ella, el carro de heno tirado por un semental negro, un caballo tan negro como la noche, con ojos que podían ver en las almas de cada pecador». Con esta última frase, su voz se volvió más grave, y un escalofrío recorrió al público en toda la sala. Solo el crepitar de los troncos y los suspiros de las mujeres se escuchaban mientras Alistair MacMhuirich se recostaba satisfecho y ponía su gorra boca abajo sobre la mesa para recibir las propinas.

Esa era su historia. Al menos, la que estaba destinada a llegar a los oídos del rey inglés. El viejo laird le había pagado generosamente por ello. Alistair MacMhuirich había sido parte del atrevido plan orquestado por la joven mujer. «¡Edward te descuartizará por traidora!», le había advertido

a aquella loca de Caerlaverock, allá en el castillo Hermitage, en Cumberland, la sede del clan Armstrong.

«Ya lo ha intentado, Alistair», le había respondido ella con una risa, «y tampoco tendrá éxito esta vez. Aquellos que desafían al diablo cosecharán la muerte». Sus ojos brillaban como cristales de hielo al hablar.

Cómo podría olvidarla...

Capítulo 2

Islandia, 1289

Tam-tam, tara-tam!, resonaba a través de las montañas, donde las pequeñas cabañas de los habitantes se mezclaban de manera discreta con los valles boscosos, como hongos fundiéndose con el paisaje de fondo. ¡Tam-tam, tara-tam!, los golpes de tambor vibraban en mis oídos, señalando el inicio de un ritual: la entrega de una joven. Cuanto más nos acercábamos al lugar donde el barco esperaba, más fuertes se volvían los tambores y los cánticos, mientras el pueblo se preparaba para el evento más importante de su comunidad. ¡Tam-tam, tara-tam...!

Era temprano por la mañana, la luna aún no se había retirado por completo del cielo nocturno y luchaba con el sol por la transición de la oscuridad al día. Diversas tonalidades de gris definían las siluetas de las personas y del paisaje.

Todo el pueblo nos había acompañado a mi madre y a mí, y ahora la multitud cantaba y bailaba, moviéndose en masa hacia el mar. Allí, antorchas iluminaban el gris de la noche menguante, revelando sus rostros brillantes y emocionados. La emoción parecía apoderarse de todos los que caminaban conmigo por el empinado sendero que descendía del pueblo hacia el embarcadero para presenciar este momento. Me

habría sentido casi tan sublime como ellos si no supiera que me esperaba una encrucijada en mi vida allá abajo, junto al mar. Sería una separación angustiosa que no podría evitar. Este era mi destino.

Como si la emoción a su alrededor no le afectara en lo más mínimo, mi perro lobo, Rocca, jadeaba alegremente a mi lado, con la lengua colgando de su boca como un trapo húmedo. De vez en cuando, sus astutos ojos me miraban curiosos; para él, no era más que otra excursión familiar.

Con sentimientos encontrados, saludé a las personas que habían venido a despedirse de mi madre y de mí. Debería sentirme orgullosa, como estas personas y, especialmente, como mi familia. Pero el pensamiento de perder a mis seres queridos, a la familia, amigos, animales, seguía atormentándome. Mi corazón estaba pesado mientras bajaba del pueblo por última vez, hacia el embarcadero donde el barco me esperaba. Cada piedra y brizna de ese camino me resultaba tan familiar, y, aferrada de la mano de mi madre, absorbí cada pequeño detalle como una esponja, para conservarlo en mi memoria para siempre. Mis pequeños pies apenas podían seguir el paso firme y decidido de ella.

Había un aire fresco en aquella mañana de primavera. Aunque los días ya se volvían más cálidos, las noches aún eran amargamente frías. El viento del norte soplaba tan fuerte en mi rostro que me provocaba lágrimas. ¿O tal vez era el dolor de la despedida?

Mi madre apretó mi mano. Parecía percibir que estaba luchando conmigo misma. Me sonrió alegremente mientras caminábamos los últimos metros hacia el embarcadero sobre la desgastada madera del muelle. Mis piernas estaban cansadas por la larga caminata, así que ella redujo un poco el ritmo. ¿O tal vez solo quería ver los rostros de aquellos que nos habían amado a las dos? Amigos, parientes, en realidad todo el pueblo, había venido a celebrar este gran día con nosotras.

La vista hacia atrás era impresionante: un denso grupo de personas estaba allí, envuelto en gruesas pieles contra los vientos helados, al borde del mar. Gritaban y vociferaban, y muchos también cantaban a los dioses para que nos protegieran a mi madre y a mí en nuestro viaje. Numerosas antorchas rodeaban toda la escena, que se había convertido en un espectáculo salvaje y poderoso. Incluso la niebla que colgaba majestuosamente sobre el agua y se mezclaba con el humo de las antorchas parecía rendir homenaje a nuestro viaje.

Mi padre, que nos había seguido en silencio, se acercó a mí, me tomó en sus brazos y me apretó con fuerza contra su pecho. La gruesa piel que llevaba sobre sus hombros como una manta me hacía cosquillas en la nariz. Nunca olvidaré su familiar olor a cuero, humo y aceite de pescado, mientras disfrutaba de su caricia con una intensidad que surgía de la certeza de que sería la última vez —la última vez antes de que creciera—. Luego me sostuvo un poco alejada de él y me miró con expresión seria. Sus brillantes ojos azules, enmarcados

por sus cejas negras y bien definidas, me miraban con cariño. Su largo cabello claro rodeaba su rostro curtido por el aire helado. La barba clara que le crecía resplandecía en su rostro, enmarcando su sonrisa como estrellas alrededor de la luna.

«Estoy muy orgulloso de ti, Enja. Todo el pueblo está orgulloso de ti, y estamos seguros de que no nos avergonzarás. Pase lo que pase, los dioses, tu familia y todo nuestro pueblo están contigo. Nunca lo olvides».

Mi corazón dio un vuelco, y tuve que tragar antes de poder responder. «Voy a hacer que te sientas orgulloso, papá», dije, «¡igual que las otras chicas hicieron que sus padres se sintieran orgullosos antes que yo!».

Esto pareció impresionarle, porque me besó de nuevo en la frente antes de soltarme abruptamente. Tal vez no quería que viera sus lágrimas. Las noté, pero jamás habría dicho una palabra.

Mi hermana, Jalla, con su vestido de cuero con el cuello de piel bordado, muy similar al mío, se acercó a mí. Había permanecido callada durante todo el camino hasta el muelle y no reaccionó con tanto entusiasmo, lo cual era comprensible dadas las circunstancias. Llorando, me entregó un ramo de flores, sollozó, y rápidamente se dio la vuelta, desapareciendo entre las incontables piernas de la multitud que nos rodeaba, cuyos pies estaban envueltos en pieles de oveja sujetas con cordones de cuero. Jalla era la única que no entendía todo esto y no se sentía orgullosa de mí. Solo estaba infinitamente triste, pero en su manera silenciosa, no podía expresarlo. Me

hirió profundamente, y quise correr tras ella justo cuando mi padre decidió empujarme hacia el embarcadero.

Ahora era el momento: nuestro barco yacía majestuosamente en el agua; en la proa, un poderoso dragón tallado en madera mostraba sus dientes y amenazaba a cualquiera que osara acercarse. Siempre me había dado miedo este demonio, que parecía una bestia petrificada navegando sobre el agua, que podría cobrar vida en cualquier momento. Con ansiedad, robé una mirada al dragón de madera mientras pasábamos por la proa y seguí a mi madre, cuyo largo abrigo de piel ondeaba en el viento, por el estrecho camino sobre el puente. Mamá me alzó fácilmente sobre la barandilla del barco hasta las toscas tablas de madera y me siguió con un gran paso. Luego me dio la vuelta para que pudiera mirar hacia la orilla, con ambas manos orgullosamente apoyadas en mis hombros.

«¡Mira cómo se regocijan! Una elegida de nuestro pueblo. ¡Esa eres tú, hija mía!», me dijo con orgullo.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. De hecho, era la elegida. ¡Qué honor! Por un momento, como una ducha fría que casi me deja sin aliento, una resolución salvaje sustituyó a mis pensamientos tristes. Este orgullo y las firmes manos de mi madre me salvaron de saltar de nuevo por la barandilla del barco, que ya se alejaba de la orilla mientras los aldeanos rugían. Como si fuera guiado por una mano fantasmal, el dragón parecía dirigirse hacia el mar abierto. Mi mirada se detuvo por última vez en los rostros de las personas en la primera fila, iluminadas por la luz temprana de la mañana.

Intenté desesperadamente grabar en mi memoria para siempre la imagen de la gran figura en el centro, inconfundiblemente mi padre. Su cabello danzaba en el viento, y su rostro brillaba por las lágrimas que derramaba.

«¡Nunca te olvidaré, papá!».

Solo cuando la oscura masa de la isla había tragado las siluetas de las personas y todo lo que se podía ver era su débil contorno emergiendo del mar, me di cuenta de que mi rostro estaba caliente por las lágrimas que corrían sobre él. Con suavidad, mamá limpió las gotas húmedas de mi rostro con su manga y me tomó en sus brazos.

«Todo estará bien», murmuró. «Si algún día nos vuelves a ver en el más allá, serás como los dioses. Solo tú tienes el poder de lograrlo con tu destino».

A pesar de todas las grandes expectativas e intenciones, en ese momento simplemente no me sentía preparada para grandes hazañas. Sollozando, me acurruqué en el regazo de mi madre, quien me arrulló con ternura y me acarició el cabello.



«¡Enja!».

Un codo me golpeó dolorosamente en las costillas. «Despierta, chica tonta. Estás soñando con los ojos abiertos...».

Parpadeé, giré la cabeza hacia la voz susurrante y miré unos grandes y oscuros ojos incrustados en un rostro pecoso enmarcado por rizos castaños. Una mirada preocupada me escrutó.

«¿Todo está bien?», susurró de nuevo la voz.

«Sí, por supuesto», balbuceé, algo aturdida, y también susurré: «Solo estaba en otro lugar en mis pensamientos».

«Lo noté», comentó Jasemin burlonamente. «Tenías una mirada muy vidriosa... Pssst, el Maestro Abdallah ya te ha visto; seguramente...».

Jasemin se detuvo a mitad de la frase. El maestro en cuestión acababa de clavar su mirada de halcón en mí mientras se inclinaba en mi dirección. El maestro Abdallah era un hombre de aspecto demacrado; su caftán a rayas desiguales colgaba de él como una sábana en un tendedero, y su nariz se asemejaba a un pico, afilada como la de un halcón. Sus ojos coincidían con el imponente centro de su rostro. Hundidos en las cuencas, ahora me fulminaban furiosamente. Su cabeza estaba cubierta por un turbante azul, cuyo extremo se había colgado descuidadamente sobre su hombro. Cruzó los brazos, me miró severamente y agachó la cabeza con gracia.

«¿Ensucias mis lecciones de nuevo con tu charla indigna, Enja? ¿De dónde sacas tal confianza? ¿Como si tus palabras fueran más importantes que las mías? Ven aquí, de inmediato».

Sus palabras sonaban como una amenaza: quietas, demandantes, arrogantes. ¡Cuánto odiaba ser juzgada por él! Pero ¿qué más podía hacer?

No quería ser castigada por desobediencia, así que me deshice de mi posición de piernas cruzadas, me levanté y me coloqué frente a él. Aún no era muy alta y solo alcanzaba hasta su estómago, pero respondí a su mirada furiosa con respeto.

Claramente, disfrutaba mostrando su poder ante las demás niñas. Como un maestro estricto y algo arrogante, no estaba acostumbrado a la contradicción, y ahora me hacía sufrir por ello. Lentamente, miró a las niñas que estaban sentadas en el suelo y luego volvió a mí, haciéndome sentir mi indignidad. La pequeña sala era agradablemente fresca; estaba a la sombra de una gran palmera, y las aberturas en las paredes permitían que una brisa refrescara el aire caliente.

Aun así, el sudor se formaba en mi frente. Sabía, por supuesto, lo que estaba por venir, y me preparaba mentalmente para su ataque. No había seguido su lección, y él se había dado cuenta. ¿Qué se le ocurriría para castigarme? Su mano descansó pesadamente sobre mi hombro derecho y lo presionó con firmeza; deliberadamente quería hacerme sentir pequeña.

«Dime, Enja», su ira se hacía eco en su suave voz, «¿cómo se traduce ‘no hables cuando el maestro está hablando’ al farsi?».

Pensé por un momento y hablé con confianza las palabras en persa. Después de una pequeña pausa, añadí otra frase: la traducción de su título y su nombre. Su rostro no indicaba si

pensaba que estaba bien o mal; solo me miró con sus oscuros ojos, suspiró y luego empezó de nuevo.

«No prestas atención, pero aun así me entiendes». No era una pregunta, era una afirmación.

«Uh, ¿qué quieres decir con eso...?»

«¡Traduce!», gritó impaciente.

Tragué saliva con incredulidad, pero obedecí su orden.

Su rostro se contrajo; ¿disimulaba una sonrisa?

Esta vez se dirigió a mí en la lengua persa.

«¿Cómo lo hago? No lo sé, maestro. Está... está aquí», dije vacilante, señalando mi frente con vergüenza. «Y de repente está allí...».

Incluso yo me di cuenta de lo estúpido que sonaba, y miré al suelo, avergonzada. Mis pies descalzos se clavaron en el duro suelo. Las otras niñas comenzaron a reírse, y Jasemin se encontraba entre las traidoras.

«Ven a mi estudio hoy después de la cena. Necesito hablar contigo».

Un brazo extendido me indicó que volviera a mi lugar. Me senté de nuevo junto a Jasemin, quien se cubría la boca con la mano para no emitir ningún ruido. Sus mejillas estaban rojas, pero su mirada se mantenía obstinadamente hacia abajo.

El maestro Abdallah me miró pensativamente y chasqueó los dedos. «¡Silencio!».

No pasó ni un minuto cuando empezó a hablar sobre el subjuntivo, probablemente inspirado por nuestra pequeña batalla de palabras, mientras sus alumnas, ahora todas

oyentes atentas, lo seguían con interés. El maestro Abdallah era, sin duda, un estricto maestro de farsi y árabe. Si estaba de mal humor, se podía esperar un golpe con su vara. Si estaba de buen humor, sus lecciones eran incluso divertidas, y su humor mejoraba cuando sus estudiantes no cometían errores. Así que esta vez no fui castigada porque había hecho todo bien. Sin embargo, me resultaba extraño que quisiera hablar conmigo a solas más tarde. ¿Acaso algo estaba mal?

Mientras dieciséis niñas seguían sus lecciones con diligencia y practicaban números en árabe con farsi, mis pensamientos volaron de nuevo al barco en el mar abierto. Y a mi madre.



Habíamos estado en el agua durante horas, sin final a la vista. No se veía tierra en ninguna parte, solo el mar interminable con sus insondables profundidades.

Recuerdo claramente a mi madre de pie con orgullo, en lo alto de la proa del barco, justo al lado de la cabeza del dragón. Su cabello estaba trenzado, liso y blanco, tejido como hilos de seda en una obra de arte. Unas pocas hebras eran arrancadas por el viento, que jugaba animadamente con ellas. El sol de principios de primavera calentaba ligeramente nuestros rostros, pero la brisa era aún más refrescante. Ella miraba

hacia el sol. Sus altos pómulos enmarcaban un rostro clásico y equilibrado, con una nariz larga y recta. Sus párpados cerrados ocultaban los profundos ojos azules tan similares a los míos. Era una belleza, una diosa. De todos modos, así la llamaba mi padre, y él ciertamente sabía cómo lucía una diosa.

Su hermoso rostro se volvió hacia mí, y sus labios se torcieron en una sonrisa incierta que apenas disimulaba su incomodidad. «Parece que vamos a tener una noche dura; el clima cambiará en unas pocas horas. Trata de dormir ahora. Quién sabe si podremos descansar mucho esta noche».

Como nunca había experimentado «una noche dura» y no tenía idea de lo que se avecinaba, lo dejé así. Ella extendió sus brazos con gusto, y me aferré a ella. Sonriendo, me envolvió en su abrigo, hecho con la cálida piel de un oso polar que mi padre había matado con sus propias manos. Pude acurrucarme cerca de su cuerpo. Su cercanía y calor me permitían ser la niña pequeña que aún era, y con una sensación placentera, pregunté: «¿Puedo dormir a tu lado, mamá?».

«Por supuesto, mi amor; ven, nos acostaremos junto a esta caja, donde estaremos protegidas del viento».

Había una gran caja de madera en la cubierta, probablemente contenía cuerdas y timones. Nos brindaba un lugar protegido del viento, pero aún nos permitía disfrutar del calor de los rayos del sol. Me acurriqué fuertemente en el regazo de mamá bajo el abrigo y observé desde su borde cómo los hombres en el barco realizaban su trabajo. En silencio y

sin hablar en voz alta, hacían sus tareas, atando cuerdas, redes y cadenas, y asegurando cajas y barriles sueltos, como si se estuvieran preparando para una tormenta fuerte.

Mi vista limitada alcanzaba solo hasta el horizonte, donde las olas blancas saltaban por todo el interminable mar. Papá dijo que viajaríamos durante varios días y que habría mucha más agua por cruzar; pasarían semanas antes de llegar a mi destino. «¿Qué será de mi hermana Jalla ahora que ya no estoy allí?», pensé. «¿Me extrañará o me olvidará?»

Papá me había contado sobre las otras chicas que habían hecho el mismo viaje cada año. Ellas debían ayudar a los dioses en la batalla contra el volcán Hekla, que de vez en cuando abría su gran boca para devorar todo lo que se interponía en su camino. ¡Personas, animales, casas e incluso aldeas enteras! Yo simplemente no estaba segura de qué hacer durante el camino para ser bien recibida por los dioses, pero mi padre me miraba con orgullo y me aseguraba que sería aceptada por los dioses en el Olimpo sin dolor, un gran honor que solo se concedía a muy pocas niñas de nuestra tribu.

El pensamiento de que mi hermana ahora tendría a papá y a Rocca solo para ella me molestó un poco. Pero ahora tenía a mi madre solo para mí, lo cual tampoco estaba mal. Mi pequeña mano se deslizó dentro de su chaleco de lana, mi cabeza descansaba apoyada en su pecho, y el mundo a nuestro alrededor dejó de importar. Ella había envuelto su cálido abrigo de piel protectora alrededor de mí para mantener a raya los fríos vientos, al menos un poco.

Con el ritmo constante de las olas, acompañado por la canción de cuna chirriante de las tablas del barco, me quedé profundamente dormida.

De repente, mamá se estremeció tan violentamente que soltó un grito. Inmediatamente, me desperté. Un rayo había caído sobre uno de los mástiles con un estruendo tan fuerte que resonaba en mis oídos. El mástil se astilló y golpeó las tablas del barco con un gran estruendo. Cuerdas, velas y partes de madera volaron por el aire. Los hombres lograron salvarse saltando a un lado, pero todo sucedió rápido y furiosamente.

Con gran presencia de ánimo, mi madre me arrancó del lugar donde dormíamos antes de que también cayera víctima del mástil tambaleante. El caos reinaba a nuestro alrededor. Una y otra vez, los relámpagos brillaban con fuerza sobre nosotras. Asustada, me agarré a su pierna, que estaba envuelta en cuero suave. Con incredulidad, observé el paisaje fantasmal: la luz brillante que iluminaba la superficie de la cubierta en instantáneas dejaba entrever la devastación. Como huesos, los fragmentos carbonizados del mástil principal se elevaban desde el fondo del barco. A nuestro alrededor, el mar hacía espuma y silbaba, el viento azotaba la lluvia casi horizontalmente sobre la cubierta. ¡Era un espectáculo impactante! En ese momento, el barco sufrió un fuerte golpe y nos dejó a las dos dando tumbos hacia la barandilla donde intentamos agarrarnos. La lluvia torrencial hizo que el cabello de los marineros se les pegara como algas húmedas en la cara mientras intentaban con todas sus fuerzas arrastrar

el mástil hacia el agua. Al apresurarse, cortaron el aparejo que aún unía el mástil y las velas al barco. Por desgracia, la mayor parte seguía colgando de la cubierta y el mástil apenas se movía. Por primera vez, sentí algo parecido al miedo entre los hombres experimentados; la tranquilidad y la calma habían dado paso a un esfuerzo desesperado y frenético.

Mamá me sostuvo con fuerza frente a ella con ambas manos. Nos habíamos ido desplazando cada vez más hacia atrás, a lo largo de la barandilla, hasta la popa, y sentía cómo el barco se balanceaba y rugía bajo nosotras. Nos aferrábamos desesperadamente a todo lo que no pudiera ser arrastrado por el agua. El mástil doblado había puesto al casco en una posición peligrosa, y nos apoyábamos en el extremo trasero del borde del barco para no caer por la barandilla. El agua golpeaba con fuerza sobre la proa cada vez que el barco se hundía contra una ola. La cabeza del demonio, mostrando sus dientes, luchaba contra una pared de agua que, en nuestra impotencia, se burlaba de nosotras, gorgoteaba y exigía sacrificios. ¿Seríamos nosotras las siguientes?

Finalmente, sentí como mamá ataba su chal alrededor de mi pecho; hábilmente, me sujetó a su propio cuerpo con la tela para asegurarse de que no fuera arrastrada por la borda.

«No te dejaré sola, pequeña mía», susurró con firmeza en mi oído, como si hubiera adivinado mis pensamientos. Pero vi que sus dedos temblaban. «Los dioses te protegerán; tú eres...».

Un fuerte estruendo ahogó su voz, y un vasto arsenal de relámpagos iluminó el horizonte. Detrás de mí, sentí el cuerpo de mi madre estremecerse. ¡Ella también lo había visto! Yo era aún pequeña, y todo a mi alrededor me parecía inmenso, pero lo que vi en ese destello de luz blanca era increíblemente grande. Mamá también lo vio. Una pared negra se alzaba amenazante justo frente a nosotras, de la altura de varios barcos, moviéndose en nuestra dirección como una montaña puesta en marcha para aplastarnos.

Detrás de mí, un grito aterrorizado escapó de los labios de mi madre. «¡Por todos los dioses, ¿qué es eso?!». Y de repente, el tiempo se detuvo.

Nos quedamos mirando esa gigantesca ola negra sin comprender lo que estaba a punto de suceder. Incluso los marineros dejaron de intentar despejar el barco. Simplemente, miraban inmóviles a esa inmensa pared de agua que se cernía sobre nuestra proa, porque sabían que no había escapatoria. El destino nos había alcanzado con una ola de muerte.

Como si el tiempo se hubiese ralentizado, vi a ese monstruo acuático empujar el barco hacia arriba y elevarlo a lo largo de la pared de agua hasta ponerlo en posición vertical. El casco de madera crujía y gemía bajo la carga. El mástil, ahora destruido, pasó rodando junto a nosotras hacia las profundidades, llevando consigo a algunos marineros perdidos. Los gritos de los hombres se ahogaban en el ruido; solo podía escuchar los gritos de mi madre porque mi oído estaba muy cerca de su boca. Vi la cabeza del dragón aún

rompiendo las crestas de las olas, pero luego el barco se volteó, y el agua negra nos envolvió, a mí y a todos los que compartían mi destino, con sus gélidos brazos.

De repente, todo quedó en silencio. Muy silencioso. Los sonidos de madera y metal rompiéndose y estallando se amortiguaron bajo el agua. Oía un burbujeo sordo y sentía a mi madre moviéndose y braceando con fuerza. Tal vez, solo tal vez, escuchaba los gritos de los marineros. Pero ¿es posible escuchar gritos bajo el agua?

Me mantuve sorprendentemente tranquila. El pánico del día anterior dio paso a una sensación de certeza. Acepté mi destino y dejé que me llevara la corriente. Y en la oscuridad de las profundidades, me sentí extrañamente a salvo, en algún lugar entre el cielo y la tierra, como si el mar me hubiera acogido como a una invitada. ¿Era el agua o la paz? El frío no era desagradable; siempre me sentía cómoda donde otros temblaban amargamente. Casi me parecía hermoso estar bajo el agua, si no fuera por la falta de aliento y el ardor en los pulmones. Con un golpe, penetramos la superficie del agua, remando salvajemente, jadeando y respirando con dificultad; Mamá había logrado sacarnos a ambas a la superficie. Había sacrificado su piel de oso polar, que ahora flotaba en las profundidades del mar. Agradecida, absorbí el aire precioso.

«¿Estás bien, Enja?». Jadeó Mama mientras nadaba frenéticamente en la superficie del agua.

«¡Sí... estoy bien! ¡Por favor, déjame nadar sola!».

Todavía estaba atada a ella, pero ahora ella apartó el chal de mí, temblando, y me sujetó con ambas manos. Sabía que podía nadar bien. Probablemente, solo temía que el agua furiosa pudiera alejarme de ella. Ahora le resultaba más fácil mantenerse a flote porque ya no tenía que cargar con mi peso.

El mar a nuestro alrededor seguía rugiendo, aunque las olas eran un poco más suaves. En un destello de relámpago, intentamos reconocer partes del barco, pero solo pudimos identificar algunos trozos rotos. La ola gigante debió haber aplastado el barco y enterrado a los hombres bajo él. Cómo y por qué logramos sobrevivir era un misterio para mí. Mientras tanto, sentía el frío del agua moviéndose lentamente hacia mis huesos. Por muy a gusto que me sintiera en el agua, el frío nos mataría en poco tiempo.

«No sobreviviremos mucho tiempo si no salimos de aquí. Busca algo que flote, tal vez un pedazo de madera del barco...». Su voz sonaba cansada, temblaba de frío y pequeñas nubes de vapor salían de su boca. El relámpago se alejaba tras el horizonte, y el trueno lo seguía a una mayor distancia. Las nubes oscuras y gruñonas se retiraban con la tormenta y buscaban nuevas víctimas. Las olas ya no rugían y no nos mecían tan furiosamente en la agitada superficie. Pero la luna apareció detrás de las nubes, brillando fuerte y redonda. Colgaba en lo alto sobre nuestro destino, iluminando nuestra miseria a plena luz. A lo lejos y a lo ancho no había alma humana, ni siquiera un alma que se preocupara por nosotros.

¡Llévate tu libro hoy mismo!
«¿Vas...» **www.highlanderess.com/es**